

D. Eduardo Hikman mereció el segundo premio y la mención honorífica D. Juan Francisco de la Garza.

Estos son los jóvenes que mas se han distinguido en el presente año y hay otros muchos que si no han alcanzado la alta honra de los premiados, si merecen por su aplicación y aprovechamiento la consideración y aprecio de sus respectivos maestros. La Junta Directiva se honra y felicita de haber presentado hoy al Gobierno y al público estos preciosos frutos de sus trabajos y de haber contribuido en este sentido al bien de la sociedad — DIJE.

JOSE MARIA LOZANO

UNIVERSIDAD
"ALFONSO REYES"
CASA MES DOMINICAL

Ocupó despues la tribuna el C. Dr. José María Lozano Prefecto de estudios y Secretario del Colegio, y pronunció el siguiente discurso.

Los grandes talentos y las grandes virtudes atraerán sobre el hombre el respeto y la veneración, y cuando no pueda aspirar á esa gloriosa cima, aun el talento y la virtud sola le ganarán el corazón y el aprecio de los demás hombres.—Lord Chesterfield.

SEÑORES:

No es un solaz estéril, ni un vano entretenimiento el objeto de esta espléndida fiesta. Tampoco es un mero pasatiempo de los que la sociedad inventa para que sirvan de intermedio á las grandes fatigas de la vida. Algo mas que eso importa la presente solemnidad en que se honra la virtud y se corona el mérito por la augusta mano de un Gobernante tan altamente digno como respetable y modesto. A la vez que el C. Gobernador premia el mérito de los jóvenes distinguidos en la carrera de las ciencias, lo mas selecto de nuestro pueblo solemniza con su presencia estos triunfos pacíficos de la juventud estudiosa, impulsándola á proseguir en sus adelantos y manifestando bien claro que de ellos, de las conquistas del saber en todos sentidos y de la difusión de las luces penden, en gran manera, las mejoras positivas y el verdadero progreso de nuestra delicada sociedad. El glorioso Estado de Nuevo-Leon ha tenido la dicha de ver y conservar en su seno algunas notabilidades científicas que lo han elevado y engrandecido, y ha podido apreciar con experiencia propia el valor de las cien-

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
BIBLIOTECA
Apdo.

eias, y de allí el afán de todos sus gobernantes por propagarlas é igualmente la entusiasta cooperacion del pueblo que celebra con júbilo estas espléndidas victorias y que aumenta con su presencia la pompa y lucimiento de una funcion como esta. Comprendiendo yo de esta suerte lo augusto de este solemnísimo acto y estando plenamente convencido de que tanto cuanto es de grande y sublime á la vez que importante, no lo es menos la sensatez é ilustracion de los que me oyen, apenas el amor al deber puede sostenerme el aliento para pronunciar mis débiles palabras, pobres, desaliñadas y que nunca pueden corresponder debidamente á este objeto; mas no vacilo, presiento firmemente que he de obtener la generosa indulgencia que necesito; y para estimular á los jóvenes que es lo que me propongo, con seguridad espero que supla á la escasez de mis conceptos la honrosa presencia, en este recinto, de tan escogida concurrencia, su entusiasmo esclarecido y su bien conocida respetabilidad.

Ensalzar á las ciencias para que la juventud las siga; patentizar sus glorias para que la juventud las ame; y manifestar lo indispensable que es su union con las virtudes, para la felicidad de los hombres: he aquí los objetos á que van dirigidas mis desaliñadas palabras.—Párecinme escuchar todavía el eco de los brillantísimos discursos que con estos fines grandiosos han sido leídos varias veces en esta misma tribuna, y en los que el elogio de las ciencias ha sido hecho con la pericia del talento y con los encantos de la belleza; y estando yo muy léjos de poder imitar siquiera estas interesantes producciones, por fortuna lo estoy igualmente aun tan solo de pretenderlo, y por esta razon declaro con ingenuidad que la tarea que se me encomienda es con mucho superior á mis fuerzas, y que para haber de cumplirla cual lo permiten mi ignorancia é insuficiencia, no he encontrado mejor recurso, que abrir la historia para estudiar en ella la importancia de la ciencia sobre la suerte de los pueblos y sobre el porvenir de los hombres. Lo que allí he aprendido lo reasumiré brevemente, y este corto resumen con muy escasas reflexiones, es lo único que yo puedo presentar para elogiar á la ciencia.—¿Qué es, pues,

la ciencia? ¿cómo ha podido prevalecer su importancia y por qué motivos se la ama...?—Desde el momento en que se atienden ó consideran sus efectos para formarse de ella una ligera idea, su propia grandeza hace despertar en nosotros un ideal bellísimo, y retrata en nuestras almas qua imágen verdaderamente sublime, haciéndonosla ver como una antorcha divina que viene á disipar las tinieblas del entendimiento ó presentándola á nuestros ojos como un vivo reflejo de los esplendores de Dios, que es la verdad eterna, y el asiento y origen necesario de todas las demas verdades.—La ciencia, dice Platon, es la comprension de las cosas divinas. Ella es la única base de al pública felicidad. Nos embeleza con sus maravillosas contemplaciones y satisface la necesidad imperiosa de nuestro espíritu. Cualquiera de estos hermosos caracteres, que revelan desde luego su grande importancia, es materia suficiente para los mas profundos desarrollos; pero yo particularmente me fijaré en el mas fácil, en el último de esos caracteres, que nos presenta la ciencia como satisfaciendo una necesidad imperiosa de nuestro espíritu, porque en tratándose de necesidades, no solo los grandes, sino los pequeños, no solo los sábios, sino tambien los ignorantes, los unos como los otros las sienten, y por el mero hecho de sentir las, aunque no todas las comprendan en su esencia, á lo ménos casi por instinto discurren sobre ellas, con no poca exactitud y con notoria facilidad. En efecto, multitud de necesidades forman la cadena de nuestra no interrumpida experiencia; nunca nos faltan en la vida, y esto nos hace comprenderlas. Por otra parte, vemos que en la materia, esas necesidades son sus leyes precisas que deben ser cumplidas y observadas como condicion de existencia. Así nadie puede separar la atraccion de la materia, ni los colores á la luz, ni al sonido sus vibraciones. Todas sus propiedades que son sus leyes, se confunden con su naturaleza, son su esencia misma, y su imperiosa necesidad en el orden natural; y esto que observamos en la materia, nos da una idea muy clara de la gran fuerza de nuestras necesidades en el orden intelectual. Entre las necesidades ó leyes de nuestro espíritu, no considerando las que este ser invisible ha recibido como condicion de existencia y fijándonos tan solo en aquellas que pertenecen á un orden real en que pueda ilustrarnos la observacion y la experiencia, vemos desde luego que el espíritu humano tiene como ley indispensable el cultivo de su inteligencia, sin el cual casi se nulifica, y por consiguiente que el hombre debe proporcionarle lo que es inducente á su perfeccion y á su mayor desarrollo. El sentido mismo nos atestigua con evidencia de esta ley importante, y el

mismo sentido ínfimo en unión de toda la naturaleza, nos conviene de que esta imperiosa ley del espíritu solamente puede satisfacerla la ciencia, y aunque en el orden intelectual no veamos esa gran fuerza que en la materia une á los seres con sus leyes como condicion de existencia, y de cuya perfecta unión resulta la belleza, el orden y armonía que nos encanta y admira en toda la naturaleza; en cambio tenemos en el hombre fuerzas no menos poderosas y eficaces, que aunque respetan su libertad, lo compelen á su destino, y que jamás puede violarlas sin experimentar detrimento, y sin perjudicarse á sí mismo. En virtud de estas fuerzas, si cultiva su inteligencia como su destino lo quiere, si satisface como es debido esta importante ley del espíritu, él dominará la naturaleza, comprenderá sus maravillas y habrá de aprovecharse de todo esto para su propia felicidad; mas si por desgracia la deja en su originaria incultura, aunque no pierda por esto la existencia, esa triste existencia que conserva es un estado miserable en que el hombre se confundiría con el bruto, viviria errante como el salvaje, fácilmente abundaria en todo género de pasiones, y como si fuera el blanco de las furias, no veria por todas partes, mas que miseria y necesidad. Estos son los medios por los que se asegura y se sanciona lo suficiente esta importante ley del espíritu, y forman justamente el motivo porque amamos la ciencia; pues ella es la que nos libra de ese estado infeliz que puede compararse á la nada: así es como prevenimos su importancia, pues la vemos venir en nuestro auxilio como protectora solícita que hace nuestro bien y remedia eficazmente nuestras numerosas necesidades; y en suma, por esa influencia poderosa y benéfica que ejerce, desarrollando la inteligencia y perfeccionando nuestro individuo, es considerada la ciencia como la autora y conservadora de nuestro bienestar y felicidad. Para desenvolver mejor este punto acudamos á la experiencia: consideremos al hombre y al conjunto de los hombres ó pueblos, y veámos, aunque sea de una manera breve, cual es y ha sido en todos tiempos el papel de la ciencia para la conveniente satisfaccion de nuestras numerosas necesidades.—A la mas mínima reflexion que se haga sobre el hombre, se descubre al momento que esas necesidades precisamente se refieren ó al orden material ó al intelectual y al moral, y en cualquiera de estos órdenes es fácil comprender desde luego que la ciencia ha de intervenir para satisfacerlas como conviene.—Ella nos ha de enseñar primeramente sus límites justos y su verdadero destino. Ella ha de presidir para auxiliarnos á combinar y rectificar las impresio-

... el mundo corpóreo. Ella ha de...
... inteligencia para conocer la moral; pero sobre todo, su importancia y necesidad, mas particularmente se comprende cuando se atiende á que el hombre está destinado por sus fuerzas intelectuales á dominar á la naturaleza, y á hacerse superior á los demas seres; y esa superioridad y ese dominio no pueden alcanzarse sus facultades sin el poderoso auxilio de la ciencia. Bajo este respecto se reducen admirablemente las necesidades del hombre á progresar de continuo, en su perfectibilidad individual. Acercarse á la perfeccion y alcanzar la felicidad: he aquí en conjunto nuestras numerosas necesidades. Cualquier hombre puede sentir, y de hecho siente en su individuo el peso, ó mejor dicho, la fuerza poderosa de esta multitud de necesidades que lo compelen á su destino; y aunque no pueda enumerarlas, ni describir las, ni comprender plenamente sus mútuas relaciones é influencias, por carecer de un profundo conocimiento, tanto del hombre, como de la naturaleza; sin embargo, no necesita ni de esa penetracion profunda ni de esas descripciones interminables para descubrir la importancia de la ciencia, y para conocer que todas esas necesidades tienden á dar al hombre, no solo la conservación de la vida como á los demas seres, sino particularmente el predominio sobre todos los objetos materiales, elevándolo gradualmente por una marcha progresiva y constante á su mayor posible perfeccion y á su verdadera felicidad.—He aquí á lo que tienden todos nuestros deseos: éstos son los fines á que van dirigidos nuestros constantes esfuerzos.
Para alcanzar esos grandiosos fines á que el hombre está destinado, á diferencia de los demas seres, ha recibido la inteligencia, y con este don precioso, cuyo valor no puede calcularse, ha recibido igualmente un instinto insaciable que nos agita de continuo, de conocerlo todo, de dominarlo todo, de necesitar y de servirnos de todo, y hasta de vivificar en cierto modo la materia, para aumentar el poder de nuestras facultades y el poderoso alcance de nuestros órganos.—¿Pero qué puede la inteligencia si no pone en accion su propia perfectibilidad? Nada ciertamente, y por lo mismo la perfectibilidad en accion es el resumen de todas nuestras necesidades; y la simple consideracion que las presenta así juntas, como si todas ellas no formasen mas que una sola, muestra bien claramente que el humano desarrollo y el progreso constante, son una condicion inextinguible en el hombre, y por consiguiente que la ciencia, única capaz de poner en accion esa perfectibilidad, y que ha de hacer ese progreso constante y ese mejoramiento sin limites, está por esto misma

intimamente relacionada con la naturaleza del hombre, y su grandioso destino. Ninguno de los seres que nos rodean, ya de los puramente materiales ó inertes, ó ya de los que gozan de vida, sea simplemente vegetativa ó sensible, ninguno como el hombre tiene la facultad y capacidad de perfeccionarse á sí mismo: esta preciosa facultad, que es el origen de nuestra grandeza, es una potencia creadora, que revela en el hombre á lo mas vivo la imágen de la divinidad con que quiso agraciarlo el Omnipotente, y ella es la que ha de dar á luz el sin número de ideas y de combinaciones de ideas que han de asombrar y enriquecer al mundo. . . . pero solamente con el auxilio de la ciencia es como esa facultad preciosa y singular adquiere su desarrollo y solamente así puede elevarse el hombre al primer rango entre los seres de la creacion. Con ese auxilio poderoso es con el que este ser tan débil ó indefenso, este ser [el hombre] que desde su nacimiento aparece tan imperfecto, que todo le ofende, que todo le lastima, y que es casi una maravilla el que viva: este ser exiguo en su persona, inerte, débil y acometido por todas partes y que aparece á primera vista como el menos favorecido entre todos los demas seres, es ese el que está llamado á dominarlos á todos, pues lleva en su interior ese destello de la divinidad que llamamos inteligencia y no tiene mas que amplificarla y desarrollarla con la ciencia para hacerse dueño y señor de todo cuanto le rodea. Así dominará la tierra y los mares; el fuego y el aire no se librarán de su poderío y hasta el rayo aterrador que le amenaza de muerte, tendrá que emplear su estupenda velocidad para servirle de mensajero.—¿Quién de los demas seres posee á ese grado la naturaleza? quién como el hombre, como lanzar una mirada, lanza su pensamiento hácia los cielos y mide con precision la distancia de las estrellas, recorre las órbitas de los planetas, estudia sus leyes y deduce con precision matemática hasta las menores influencias que ejercen sobre la tierra. . . . ? Admirables son los prodigios que ejecuta el hombre con la ciencia y es con ella como la Amable Providencia, que crió al hombre con tan alto destino y dotes tan sublimes, lo eleva por medio del trabajo y con la meditacion y el estudio á una ilimitada grandeza. ¿Pero cómo podrá el hombre arribar á esa gloriosa cima con una vida tan corta? Siendo tan vasto ese dominio á que aspira, siendo tan complicado el estudio de la naturaleza de que forzosamente necesita para poder dominarla, cómo podría alcanzar estos fines grandiosos contando apenas con una existencia efimera? Mas la brevedad de la vida que parecia presentarse como un obstáculo insuperable, dió origen á la dulce necesi-

dad de los lazos sociales, y por este medio el hombre representado en la humanidad entera, vive tanto como ella, y de esta suerte ve su vida prolongarse y avanza continuamente en la gloriosa senda del progreso.—Por otra parte, si el hombre solo cultivando sus dotes naturales, y contemplando la naturaleza y estudiando sus leyes puede elevarse tanto en la sublime esfera de la ciencia, cuánto mas elevará su rapidísimo vuelo con la estimulacion de otros géneos. . . . ? Sorprendentes serán sus progresos, pues los talentos, lo mismo que las luces materiales, se vivifican y enardecen con las comunicaciones reciprocas, que vienen á ser para ellos como luminosos reflejos que aumentan notablemente su esplendor y su brillo. Así, pues, la sociedad de los hombres habrá de compensarles la brevedad de la vida: se comunicarán sus fuerzas y sus ideas: se dividirán los trabajos: las conquistas de una generacion se transmitirán á las venideras y el poder intelectual (ya de suyo bien grande) robustecido y favorecido con las incalculables ventajas que produce la asociacion, ya no encontrará obstáculo insuperable para caminar adelante.—La experiencia y la historia y aun el simple comun sentido hacen admitir desde luego que la ciencia ha dirigido aun los primeros pasos de la humanidad en la carrera del progreso, las mas de las exigencias de la vida requieren conocimientos. . . . ; pero quien quiera ver de bulto, desde la mas remota antigüedad la intervencion poderosa de la ciencia en el bienestar de los hombres y en los progresos de la especie humana, no tiene mas que dirigir su atencion sobre esas obras monumentales que pudieron ejecutar los hombres de la antigüedad.—En efecto, cuantos y cuan variados conocimientos revelan desde luego las gigantescas pirámides de Egipto, el Obelisco de Ramses, el laberinto, los famosos, puentes del Eufrates, los jardines de Babilonia, la grandiosa obra del lago Moëris y tantas otras admirables de aquella época de que nos dá noticia la historia?—Siempre que llegamos á ejercer alguna cosa grande en el órden material dice Comte en su Filosofia positiva es por que el conocimiento de las leyes naturales nos permite introducir en determinadas circunstancias algunos elementos modificadores que por débiles que sean en sí mismos bastan para voltear á nuestra satisfaccion los resultados definitivos. Así, pues, las obras de los antiguos revelan con evidencia que tenian bastantes conocimientos.—Osimandias tuvo la indisputable gloria de recojer estos importantes conocimientos estableciendo la primera Biblioteca en Egipto y esta sábia medida, digna del mejor encomio, produjo como era de esperarse ventajas inmensas á las generaciones siguientes. Así pues se

... a poblar la célebre Grecia que importó
muchos conocimientos, se fundó Atenas, se construyó Tebas; y
en todos estos pueblos florecieron las artes y las ciencias y en
ellos como en los que le siguieron se perfeccionaban los inven-
tos antiguos, ó se hacían otros nuevos, siendo siempre la ciencia
la autora de todos esos adelantos é inventos.— Con sus luces se
emprendieron en grande las expediciones marítimas, se avanza-
ron considerablemente los estudios astronómicos. Pitágoras de-
sarrolló y amplió el sistema del universo que ya era conocido
de los caldeos, y cuyo sistema se atribuye á Copérnico porque
lo perfeccionó y lo introdujo mucho después en Europa.— Se
comenzaron á hacer notables observaciones sobre las enfermeda-
des, se escribieron mapas, se construyeron templos y se perfec-
cionaron á un alto grado las principales industrias y de una ma-
nera especial los trabajos sobre las piedras preciosas y sobre los
metales; y á la vez la literatura hacia también sus progresos co-
mo lo prueban las obras de Sófocles y las de Eurípides y [y mas
especialmente] las inmortales obras de Homero. Siempre cre-
cientes los adelantos de la humanidad, los siglos mas próximos
á nuestra era son todavía mas notables por sus invenciones y por
sus hombres y entre estos merecen mención especialísima el cé-
lebre Aristóteles, maestro de Alejandro el grande, por haber da-
do á luz la primera historia natural inaugurando este importan-
tísimo estudio que es la fuente inagotable de todas nuestras ri-
quezas materiales. Euclides que perfeccionó tanto la Geome-
tría y Arquímedes que estudió la gravedad específica de los cuer-
pos, demostró las leyes del equilibrio, inventó los espejos ustorios
y enriqueció con tantos instrumentos á la mecánica.— No sería
posible enumerar aquí ni aun á la ligera el sinnúmero de inven-
tos humanos y los grandes géneos que los crearon. . . . La memo-
ria se cansa y la imaginación se fatiga, sin poder ni recordarlos
ni retenerlos pero una vista general lanzada sobre el mundo, so-
bre sus incesantes progresos y sobre sus hombres mas eminen-
tes nos demuestra bien claro que la ciencia es la palanca pode-
rosa del progreso, y que ella es la que perfecciona de continuo
á toda la humanidad. Vienen nuevos siglos y con ellos nuevos
inventos, ó por lo menos un aumento de perfección en los anti-
guos. Con las nuevas edades mayores luces y hombres mas es-
clarecidos y así avanza la sociedad de conquista en conquista
hasta una perfección indefinida. La era vulgar, que á tan gran-
de altura ha llegado en los tres últimos siglos, comenzó sus tra-
bajos con ese inmenso caudal de luces con que la enriquecieron
los siglos pasados, y en consecuencia sus progresos y adelantos,

como era de esperarse, han sido extraordinariamente notables y
y así no obstante las horribles guerras de los bárbaros que inva-
dieron al Occidente ahogando la civilización europea, Ptolomeo
estudió y publicó un sistema del universo que dominó hasta el
siglo XVI. En el Oriente que sufrió menos, no quedó del todo
aletargada la ciencia, y aun durante el largo período de siglos
de ignorancia y de barbarie que se denomina edad media hubo
sus adelantos inegables. Carlo-magno fundó academias y muni-
cipales escuelas y marina. La investigación de la piedra filosofal
trajo bastantes adelantos en la química. La ciencia del derecho
recibió el código de las siete partidas del sabio rey D. Alfonso
que aunque nacidas en el oscurantismo, en su mayor parte risten
gen hoy todavía en el siglo XIX. El Dante y el Petrarca que
son considerados como la aurora de las bellas letras vivieron
también en los últimos años de lo que se llama edad media, y
en fin mas de cien años antes de terminar esta época [1305]
Flavio Gioja, si no inventó, por lo menos perfeccionó y extendió
el importantísimo uso de la brújula de tan fecundos resultados
en las expediciones marítimas que se verificaron en los siglos si-
guientes. Esta gufa segura dió la ciencia á los hombres para
que pudieran caminar sin extraviarse ni perderse en la extensión
inmensa de los mares. De este sencillo instrumento que á priori
mera vista parece tan insignificante, se sirvió el genio de Colón
para enriquecer á la humanidad con el descubrimiento del Nue-
vo-Mundo y con el sinnúmero de adelantos que había de traer
consigo este portentoso descubrimiento. He aquí un importan-
tísimo triunfo de la ciencia alcanzado con un pequeño instru-
mento. Cuan cierto es que nada hay en valde en la naturaleza
y que ninguna cosa es insignificante para avanzar en la carrera
del progreso. Si la invención de una piedra ó de un instrumen-
to, si la mejora de un artefacto, si la hoja de una planta, una
granillo de arena ó un insecto cualquiera son dignos de las me-
ditaciones de los sabios, y resulta de su estudio tanto provecho
para el hombre; cuanto mayor provecho y ventajas incalcula-
bles no debería producir el estudio del nuevo mundo, ó de
Así, puestos á los ojos de la inteligencia otros cielos y otras tier-
ras, [segun la expresión de Garcilaso] fecundos y bastísimos
fueron en todos sentidos los descubrimientos de la época. Gran-
des genios elevaron sus miradas inteligentes á los cielos, y apo-
yándose en sus propias observaciones como Copérnico y Galileo
generalizaron y perfeccionaron los conocimientos antiguos sobre
el sistema del Universo.—Kepler descubrió las leyes sobre que

y centrífuga y ya desde entonces se presentian por Bacon la mayor parte de los descubrimientos de los siglos siguientes, y se preparaba la luminosa senda que habia de recorrer el célebre Newton descubriendo y comprobando las leyes de la atraccion universal con sus inmensos resultados. Algunos estudiaban y recorrian los mares y descubrian nuevas costas y nuevas tierras, y otros estudiando los minerales y plantas de las tierras descubiertas, enriquecian á la vieja Europa con las preciosidades de América. El sorprendente aspecto del Nuevo-Mundo y la justa admiracion que deberian causar sus grandes novedades, impulsó tambien á la literatura y bellas artes, despertando vivamente en el espíritu de los hombres el lenguaje de las musas para cantar tan grandes maravillas. Los nombres de los Tasso, de Fray Luis de Leon, de Fray Luis de Granada, Garcilaso de la Vega y otros muchos en la república de las letras y los de Rafael y Miguel Angel en las bellas artes prueban con evidencia que se progresaba en todos sentidos: hasta á los infelices sordo-mudos, que casi están separados de la sociedad por carecer de la palabra, se pretendió darles noticia y hacerles participantes de estos adelantos colosales, y á este efecto un hombre digno de alabanza, Fray Pedro Ponce de Leon inventó el arte, por medio del cual, con ciertos signos, se les enseña á hablar y á explicarse; así pues, en este tiempo todo era movimiento y progreso, y en todos sentidos los adelantos son admirables, á tal grado, que en los siglos XVII y XVIII y en lo que llevamos del XIX, ya no es posible señalar separadamente cada acontecimiento notable, y solo se puede decir con Biot, que en estos últimos tiempos las ciencias físicas y químicas han llenado al mundo con sus maravillas. La navegacion al vapor, la telegrafia eléctrica, el alumbrado de gaz y el que se obtiene por la electricidad, los rayos solares hechos instrumentos de dibujo, el grabado y demas sin número de milagros humanos han llenado á los pueblos de universal admiracion y de riquezas inmensas. He aquí los frutos de las ciencias. verdad es que los actuales adelantos no son conquistas exclusivas ni de una generacion, ni de un siglo, traen su origen de lejos y tienen en el pasado sus mas profundas raíces. No estarianos á la altura en que estamos sin el patrimonio de los antiguos; pero esta consideracion no atenúa la importancia de la ciencia, antes la revela de una manera mas elevada, y á la vez despierta en nosotros el sentimiento de la gratitud. En efecto, sin los conocimientos de los antiguos, estariamos sin duda en los trabajos primitivos: estariamos buscando el yunque y el martillo para forjar los metales, haríamos palancas ó poleas

á otros instrumentos indispensables para levantar algunas habitaciones: en suma, estariamos en la infancia de la humanidad, y los grandes génios que hoy admiramos no hubieran dado al mundo los inventos que hoy conocemos, sino aquellos que nos dejaron los génios de la antigüedad. Newton, por ejemplo, no hubiera descubierto la atraccion universal ni su binómio, ni su cálculo infinitesimal de tan cuantiosos resultados, sino que hubiera tenido que trabajar, buscando el cuadrado de la hipotenusa ó formando tal vez la tabla pitagórica. Franklin, antes que sugetar el rayo á su antojo, hubiera tenido que estudiar los mas sencillos fenómenos eléctricos, como la lumbre de los pedernales, y así sucede con todo; mas estas consideraciones, como he dicho antes, no hacen sino despertar en nosotros el sentimiento de la gratitud, y lejos de rebajar la importancia de la ciencia, lo que hacen es amplificarla y desarrollarla presentándola á nuestros ojos, como ella es realmente, es decir, como altamente importante y como verdaderamente sublime. Todo lo que ha creado la razon humana, pertenece á su gloriosa historia, y la historia de la civilizacion no es otra cosa que la misma historia de la ciencia. Esa rápida ojeada dada sobre el mundo y sobre lo que á la ciencia debe muestra bien claramente que ella es una necesidad para el hombre, que ella pone en sus manos la fuerza necesaria para dominar á la naturaleza, que es por medio de ella como el hombre puede alcanzar su elevacion y preeminencia sobre los demas seres, y que con su auxilio, en esa marcha constante de progreso que sigue la humanidad, llegará un dia en que, como lo espesaba Descartes en su discurso sobre el método, conociendo el hombre las fuerzas y las acciones reciprocas del fuego, del agua, del aire, de los astros y de todos los otros cuerpos, tan distinta y perfectamente ó mejor que lo que hoy se conocen las materias de nuestros artesanos y obreros, las pueda emplear del mismo modo que estas para los usos á que convengan y así se reconozca bien claro que el hombre es por la ciencia el absoluto dueño y señor de todo cuanto le rodéa. Hé aquí los frutos de la ciencia: y quién no habrá de amarla, siendo ella la base de nuestra felicidad y la única capaz de conducir á la inteligencia humana á esa suma perfeccion, á esa ilimitada grandeza?—Pero especialmente dirigida mi locucion á una juventud, cuya pasion dominante es su cariño y predileccion por la ciencia, paréceme muy conveniente epitogar lo que expuesto, previniendo á los jóvenes del fin mas alto de ella que jamás debe perderse de vista, para que no raze en impiedad ni degenerare en idolatría. La ciencia ilustra el entendimiento del hombre, no solo para que domine

al mundo, sino mas especialmente para hacerle distinguir lo bueno de lo malo, la virtud del vicio, y para que provisto de sus luces le sirvan de faro en el agitado océano de la vida y le conduzcan por camino seguro á su verdadera felicidad. Este es el alto fin de la ciencia. Ella ante todo debe despertar en los hombres una convicción sana y profunda de su dependencia para con Dios, y hacer nacer en su alma los nobles sentimientos de respeto, amor y sumisión hácia ese Ser Benigno que ha criado tantas maravillas para el hombre y que ha empleado su Omnipotencia y Sabiduría en hacernos felices y engrandecernos. Ella debe dar á los hombres idea mas clara y perfecta de su naturaleza, de sus obligaciones y de su destino futuro. Solo los niños ó pequeñuelos se divierten con sus efectos, pero los sábios deben remontarse de estos hasta las causas mas elevadas. La ciencia conquista á nuestro favor el mundo, pero toda ella no es mas que una brújula de que debemos servirnos para dirijirnos al cielo! Desdichado el hombre que en el cultivo de su inteligencia se olvida de estas miras sublimes; infeliz de él si provisto de armas tan poderosas como son los conocimientos, se aparta de sus deberes; y en lugar de sujetar las pasiones á la recta razon, se deja arrastrar por ellas en el lodazal inundo de los vicios y en la impetuosa corriente de los desórdenes. No es mi ánimo el apocar con estas observaciones las crecidas ventajas de la ciencia; estoy muy lejós de esto; y solo pretendo el advertir y apartar á la juventud de algunos precipicios y escollos que se encuentran en su camino. Las luces sin virtudes han sido siempre muy funestas: la historia lo comprueba, y sin ocurrir á tiempos muy remotos: qué hicieron, por ejemplo, los reformadores del siglo XVI y los titulados filósofos modernos del siglo XVIII, sino arrebatar la paz á los pueblos, conmover á lo profunado los cimientos sociales y causar á la humanidad heridas tan tremendas que aun no se cicatrizan hoy dia? . . . Pluguiera al cielo, dice el autor de los estudios de la naturaleza, que esos hombres sobervios no tuvieran mas que indiferencia hácia la Mano que los colmó de bienes; pero no es eso solo, sino que tambien del seno de su orgullo se levantan murmullos contra la Providencia, y de sus bibliotecas llenas de luces, se han elevado nubarrones inmensos que han oscurecido y retrogradado al mundo. Hasta á Dios quisieron borrar de los conocimientos del hombre, y en lugar de Dios colocaron á la razon humana: esto es histórico! Ese torpe delirio ocupó los grandes talentos de Voltaire, Lаметrie, Aímbert y otros muchos, entre los cua es se halla el firme campeón de la reforma como lo llaman los de su época Juan Jacobo Reausseau que decla-

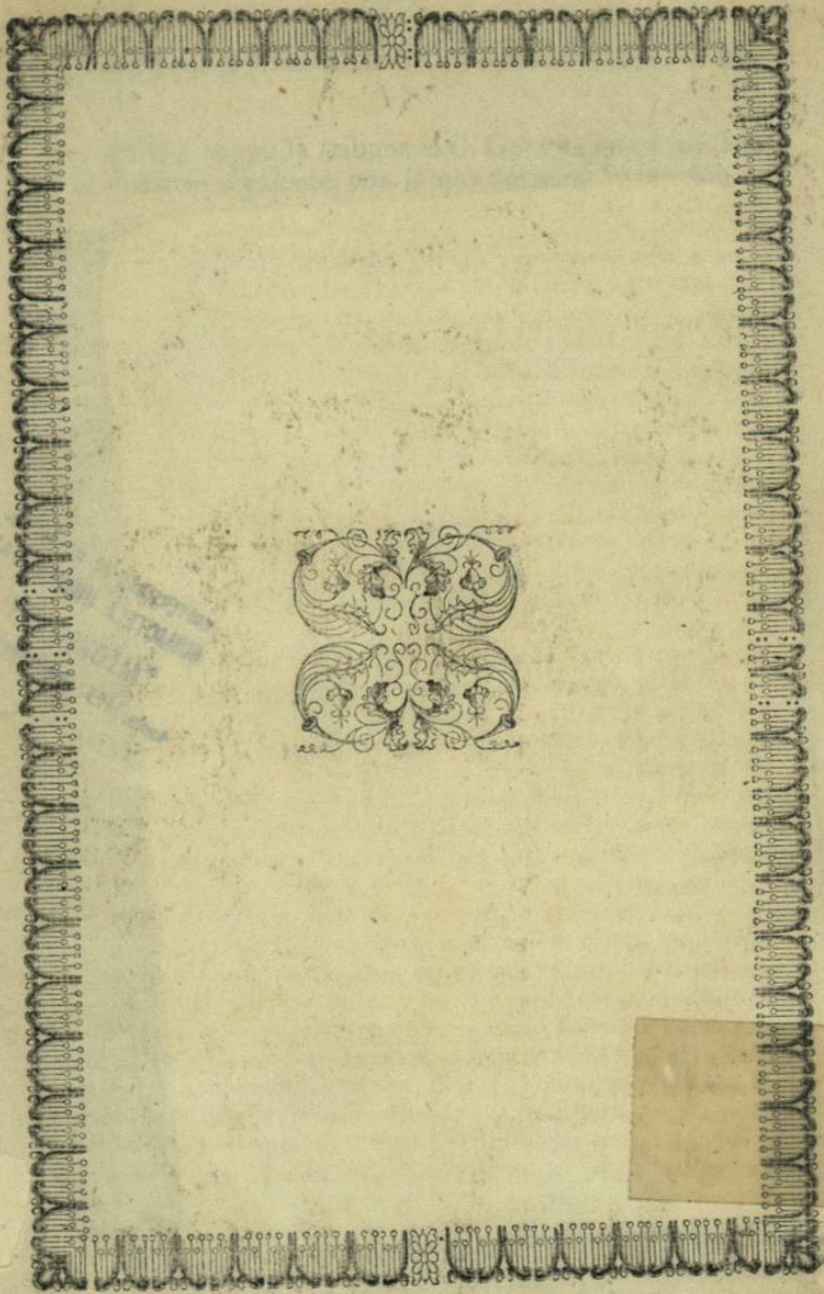
ra en el contrato social que la existencia de Dios es la mayor y mas extensa de todas las preocupaciones. . . . ¿qué podia esperar la sociedad de estos funestos génios del mal que no sé como ha podido llamárseles filósofos? Negando á Dios niegan el alma, y humillando la dignidad del hombre, reasumen sus detestables principios en aquella horrible máxima de que "no importa que los hombres sean viciosos, con tal que sean ilustrados." Esta es la doctrina de su manual filosófico. Tambien esto es histórico, y á esta perniciosa doctrina preciso era que se siguiese una práctica desastrosa. Así, pues, crímenes vergonzosos, revoluciones inicuas, la ambicion y el robo, la impiedad y el desenfreno han sido y serán siempre los funestos frutos de estas inteligencias: esos hombres soberbios, mas que sabiduría, tienen locura; mas que obrar como filósofos, obran como irracionales, cuando no pudiendo penetrar á lo profundo ni un granillo de arena, quisieran medir con la razon á Dios y á sus arcanos. . . . Nunca fué tan irracional el vulgo sencillo é ignorante como lo son en este respecto esos orgullosos filósofos. No os engañe, pues, oh jóvenes! esa mentida filosofía: apartaos con valor y con energía de esos hombres impíos y de sus perversas doctrinas, pues su atmósfera es deletérea y demasiado contaminosa: defendeos de sus halagos; os hablarán sin duda de las luces y del progreso y astutamente han de mover vuestros sentimientos mas nobles como los de la patria y libertad; mas la historia os muestra el llanto y la desolación que han causado por todas partes. Nuestra querida patria, mas que sábios perversos y libertinos, quiere laboriosos y útiles ciudadanos que la honren con su conducta y le aseguren su libertad: y jamás puede ser sojuzgada por los tiranos la nacion ó el pueblo cuyos honrados hijos han sabido librarse de las pasiones. Dadle, pues, á nuestra patria, que en vosotros cifra sus esperanzas, dadle, en vosotros mismos, ciudadanos buenos y honrados; y ya que habeis tenido hoy la dicha, la apetecible dicha, de que un gobernante sábio premie vuestros trabajos y corone vuestros afanes, afianzad esos brillantes triunfos con la práctica de la virtud y de las mas puras costumbres. Seguid en buena hora y con ardoroso entusiasmo, la dificultosa carrera de las ciencias; pero jamás os apartéis del deber, y de la virtud, teniendo bien presente que esta es la ciencia sublime de las almas y la única garantía segura de vuestro bienestar y felicidad. No lo olvideis nunca, oh jóvenes, la ciencia sin virtud no viene á ser mas que astusia, y aunque haga el adelanto material y contribuya en este sentido á la civilizacion y al progreso; sin embargo, podeis estar seguros que es absolutamente indispensable su union con

las virtudes para la felicidad de los hombres.—DICE.—*José María Lozano*

Por último, ocupó la tribuna el C. Gobernador y dió lectura al discurso siguiente; con lo que terminó la función.

Otras veces, señores he tenido la honra de hablaros desde este puesto eminente, ya para demostrar la necesidad de la educación, ya para encarecer las ventajas de la ciencia, ya para ponderar la hermosura de la virtud, ó ya para procurar infundir en el espíritu de los tiernos jóvenes el deseo de saber, la dedicación al estudio, el amor de la probidad y el aborrecimiento del vicio. Hoy no ménos honorífico destino me ha tocado desempeñar: ahora vengo, á nombre del Estado que represento, á hacer una franca, leal y sincera manifestación de agradecimiento á los ciudadanos prefecto de estudios y catedráticos de este colegio por el cordial amor que han demostrado tener á la juventud estudiosa, por sus didácticos trabajos tan asiduos como fructuosos; y por el grande y noble desinterés con que siempre han desempeñado sus trabajosos empleos, asegurándoles que Nuevo-León jamás echará en olvido sus buenos y utilísimos servicios. Vengo también, oh jóvenes alumnos, á congratularme con vosotros por la brillantez con que habeis sabido sostener el honor de este Literario Instituto en los últimos exámenes. Congratúlome también con vosotros por vuestros adelantos en la lucida carrera de las ciencias y por el inefable placer que con ellos habeis sabido proporcionar á vuestras familias y al Estado, del cual sois hijos predilectos. Id en buena hora á descansar en vuestros hogares de las afanosas tareas del año escolar que habeis concluido, y volved despues con nuevos bríos á continuar las del siguiente. Yo os aseguro que el Gobierno, vuestro amoroso padre, no os abandonará jamás, y que así como en vosotros funda las esperanzas de su porvenir, así también funda sus delicias en veros adelantando en saber y en virtudes y en proporcionaros cuantos medios de instrucción estuvieren en su mano. Corresponde, pues, debidamente, oh jóvenes amados, á tantos beneficios y á tantas esperanzas, con ser dóciles, estudiosos, honrados y justos; y el Criador de la inteligencia, el Dios de la sabiduría os dé, por su ilimitada bondad, entendimiento claro, amor al estudio, constancia y sensatez, para que hagais la felicidad y seais la honra de nuestra querida patria, que cifra, con legítimo derecho, todas sus esperanzas en la ilustración y en las buenas intenciones de sus hijos.—DICE.

DE NUEVO LEÓN
LA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
1425 MONTERREY, N.M.



L
M
1